

Y el 6 de marzo de 1994 me escribe nuevamente: «La gestación poética es, a un tiempo, lenta y rápida, contradictoria y definitiva. A ti te ha tocado la dudosa fortuna de ser testigo de una de ellas... Los tres versos no me dejan. Encontré en las dos versiones que te he enviado repeticiones de palabras y de ideas. En la primera: estertor; en la segunda: mirada. Se me ha ocurrido otra versión. Será, ahora sí, la definitiva no sólo porque me parece mejor que las anteriores sino porque ya no habrá posibilidad de cambiarla:

el animal que muere y que lo sabe,
saber común, inútil, ruido oscuro
de la piedra que cae, el son monótono
[de los huesos machacados en la riña]

El saber que vamos a morir es universal, común a todos los seres vivos. Lo comparten con nosotros la mayoría de las especies animales. Quizá todas. La conciencia —el darse cuenta de la propia existencia— aparece en todos los animales, así sea de una manera informe, como sensación; a su vez, esa conciencia está indisolublemente ligada al saber oscuro de la muerte. Basta haber visto morir a un perro, un toro, un pájaro, una mariposa o a cualquier otro insecto, para comprobar que el saberse mortal es un atributo o consecuencia del ser vivo animal (no toco el enigma de los otros organismos vivos, como las plantas). Todos los animales saben (sienten) que están vivos y todos saben (sienten, presienten) que van a morir. Esta es la raíz del *miedo* de los animales y de su reacción ante el miedo: la fuga a la agresión feroz. Y esto es lo que hace tan triste al maravilloso espectáculo de la naturaleza: sobre la vida flota, como un velo o una sombra, la presencia intangible de la muerte. Pero ese saber es inútil para cada individuo (aunque quizá no lo sea para cada especie): no evita la muerte. Al contrario, nos avisa que regresamos al lugar de donde venimos, la materia bruta: piedras, átomos o soles y galaxias. Estoy seguro de que ni un electrón ni un sol tienen conciencia como la tienen el hombre, las vacas, las serpientes y las moscas. Finalmente, este saber es doblemente inútil pues no evita que el hombre, como todos los animales, machaque diariamente los huesos del vecino... Perdón por esta disquisición para justificar tres líneas de un poema. ¿No habíamos quedado en que la poesía no necesitaba justificaciones ni explicaciones?»

Entre los muchos ejemplos que podríamos tomar de nuestra correspondencia, escojo deliberadamente éste porque no sólo refleja una forma de respeto hacia el otro, sino que representa también una de sus ambiciones

más constantes: la perfección, la reflexión continua, pero, sobre todo, el rasgo esencial para que esto se produzca: la duda, es decir, la incertidumbre. Sólo el hombre que duda puede mantener la exaltación que, como dice Stefan Zweig, es la otra forma de llamar a la juventud.

En gran parte, se puede considerar que fruto de estas obras completas y del trabajo continuo, a lo largo de los últimos diez años, es la serie de proyectos paralelos que emprendimos desde Círculo de Lectores, y que ahora realizamos junto con la editorial Galaxia Gutenberg. Dentro de estos proyectos están, por una parte, las ediciones ilustradas de libros como *La llama doble*, *Vislumbres de la India*, *El mono gramático*, *Ladera Este* o libros especiales como *Delta de cinco brazos*; sin olvidar la grabación de su voz en *Travesía: tres lecturas* o la nueva edición que preparamos en papel biblia de sus obras completas. Por último, cabe destacar la edición bilingüe que preparamos de *Versiones y diversiones* y, sobre todo, la aparición de *Figuras y figuraciones*, que se acaba de presentar en Madrid hace tres días; libro que viene a ser una especie de diálogo entre el arte y la poesía, entre Marie José Paz y Octavio Paz. Diez de los doce poemas del libro surgen a partir de las cajas-*collages* de Marie José y dos cajas-*collages* nacen de dos poemas breves. La primera vez que Octavio Paz nos manifestó su deseo de hacer este libro fue en 1991 y se pensó siempre como un diálogo de *figuras y figuraciones*.

Me gustaría señalar aquí unas cuantas constantes que se desprenden de la lectura de sus obras. Empezaría por su rasgo más visible: su prosa está minada de *intuición* y *lucidez*. Y cuando digo esto, no juego a la atribución gratuita o al epíteto homérico. Por eso he dicho en otra parte que muchas veces lo importante en Paz no es tanto la idea conceptual que desarrolla, sino la forma como nos hace participar de sus propias sensaciones. Hay aciertos y encuentros en su prosa que sólo desde la poesía y a través de un lenguaje poético se podían producir. Un ejemplo de intuición y lucidez es *El laberinto de la soledad* (y aunque piense que no es el mejor ejemplo, tomo este texto deliberadamente, por lo controvertido, y por ser uno de sus libros más leídos, al menos en México). Un especialista en historia mexicana, o en una de las ramas de las ciencias sociales, descubrirá vacíos, elementos parciales que faltan, problemas apenas enunciados, etc. Al no ser la obra de un especialista, pasa como con la mayoría de las obras de creación: uno de los valores esenciales, más que en lo que demuestra, está en lo que revela, descubre, insinúa, perfila o despierta. Hay una serie de cuestiones en el *Laberinto*, que los mexicanos después de ese libro no se pueden formular de la misma forma... Si una de las grandes virtudes de su obra es que sugiere sin cesar, no ignoro que uno de los riesgos de la intuición es la ten-

tación a la generalización. No en vano Bachelard la incluye entre uno de sus obstáculos epistemológicos. Y como dice el autor de *La flamme d'une chandelle* en una de sus charlas: «La generalización sólo es posible si la realidad lo permite». Recuerdo esto porque en libros como *La llama doble* o *Vislumbres de la India* el pequeño resbalón de la generalización, que a veces desorienta a la verdad, se puede perdonar, si entendemos la intuición, más que como un sistema de respuestas, un universo de preguntas.

Ya que hablamos de constantes en sus obras completas, hay un rasgo, con relación sobre todo a la forma de escuchar al otro, que no puede quedar al margen: la generosidad. Nadie ha expresado con mayor acierto, que yo sepa, el carácter generoso de Paz, como Alejandro Rossi, que con la intuición del creador y la agudeza del filósofo, dice de su prosa: «Prosa que no perdona el error, pero sí al hombre que lo cometió».

Pero la generosidad, por supuesto, no está reñida con la crítica. Cuando le fue concedido el Nobel, ante una de las múltiples preguntas que se le formuló dijo que no aceptaba un cargo público porque era más benéfico trabajando en lo que creía, alejado de un puesto; pues esto le permitía afinar sus críticas o sus elogios.

Ahora bien, cuando se es totalmente crítico se corre el riesgo de que nuestro pensamiento se manipule más fácilmente. Las instituciones, a nadie se le escapa, están siempre al acecho de la voz de los poetas. Y el aplauso, muchas veces, es la forma elegante de callarlos.

Paz siempre fue consciente de que el oficio del escritor es un oficio de palabras; por tanto su instrumento de defensa y de ataque es el lenguaje y dentro de éste, el mejor escudo contra el Estado o cualquier tipo de poder reductivo es, sin duda, una de las palabras más breves del diccionario, el monosílabo: NO. El escritor tiene que ser sobre todo y ante todo *conciencia*; como diría Paz, «no es el hombre de poder ni el hombre de partido: es el hombre de *conciencia*». Y nada mejor que esta conciencia como antídoto contra las ideologías. En cierta manera, no es otra cosa que el gran NO de la poesía contra los poderes sociales reductivos. Recordemos una vez más al autor de *Libertad bajo palabra* en una entrevista con Peralta: «La hostilidad frente a la poesía es de origen moral: la poesía es peligrosa porque expresa la parte irracional del hombre, sus pasiones, sus deseos, sus sueños. El poeta inventa imágenes y figuras más o menos reales con los sentimientos y pasiones humanas que rompen el orden social. De pronto, un mito poético, Don Juan, se vuelve más real que un tratado de sociología.» (Entrevista con Braulio Peralta, *La Jornada*, 12 de octubre de 1990.) Se trata, en definitiva, de la posibilidad de decir: NO; o decir: «esto no es aquello». En la presentación de las obras completas en Madrid,

1993, Paz decía: «Una literatura que ha olvidado el poder de la palabra *no*, es una literatura que ha claudicado». Equivocado o no en sus ideas, «Octavio Paz —como dice Álvaro Mutis— nos ha enseñado a todos a no tragar entero, a meditar sobre cada paso de nuestro destino y de nuestra condición de hombre». (31.3.1994)

La mejor forma de premiar a un escritor es *publicarlo* porque, al fin y al cabo, el mayor homenaje que se le puede hacer es *leerlo*, es decir, hacer posible el circuito directo entre el *escritor* y *sus lectores*, sin pasar por los intermediarios de todo tipo, alabanzas superfluas o ataques malintencionados. El ideal, por tanto, es llegar al punto en donde podamos hablar más de la obra que del hombre, más de su pensamiento que de sus circunstancias personales, más de sus ideas y sentimiento presentes en su obra que de las intrigas cotidianas.

Y vuelvo a la presentación de sus obras completas en Madrid, en aquella ocasión dijo: «Pienso en tantos poetas que no pudieron ver publicadas sus obras, pienso en Góngora, Quevedo, Bécquer, y siento rubor.» Y según la crónica de un diario: «Asegura que publicar un simple libro es una apuesta, y las obras completas un desafío aún mayor, una apuesta suicida. Pero no creo que ver mis obras reunidas y editadas me momifique en vida».

Ahora bien, ¿estamos ante un clásico? No lo sé. Pero si es así, creo que sólo nos queda desear para su obra que no caiga en esa definición de *clásico* que nos daba Borges: un escritor que todos nombran pero ninguno lee. El lector decide, pero para decidirlo, como mínimo, tiene que tener acceso a sus obras. Ese es el pequeño grano de arena de los editores.

Por mucho que se diga lo contrario, el centro de esa estrella de mar que se sentía cómoda en todos los océanos es su poesía. Por tanto, quiero compartir con ustedes, para terminar, dos reflexiones de Paz sobre su propia obra. En el fax del 17 de febrero de 1997 me dice: «Espero el contrato de *Versiones y diversiones*. Me alegra mucho publicar con ustedes ese libro —uno de mis preferidos. Tal vez porque no es mío sino a medias y en los últimos meses veo con desgano y melancolía todo lo que he hecho. Por ejemplo, el primer volumen de mi obra poética (el libro es muy hermoso) causó en mí una extraña (o no tan extraña) reacción: ¿valen realmente la pena algunas de sus páginas? Percibo las carencias y las faltas pero no logro ver con claridad los aciertos. ¿Todo ha sido una equivocación? Creo que esta duda la han sentido y la sienten casi todos los escritores de obras de imaginación. Tenía razón Bolívar: aramos en el mar. Y sin embargo, estoy contento. Debemos escribir (y en general *hacer*) con desinterés, como dice Krishna: no en busca de resultados más o menos quiméricos sino porque es nuestro destino, nuestro deber, nuestro *dharma*».

Espero que más que el retrato de un hombre, en este caso un poeta, haya dejado en ustedes unos cuantos trazos que sugieran perfiles, rasgos; que, por supuesto, a su vez son sensaciones, emociones, sentimientos que por ser instantes son humanos, es decir, el antídoto contra esa otra cara, la divina, que es nuestra obsesión: la eternidad. Señalo de paso, como sugirió tantas veces Paz, que no se trata de salvar el mundo, sino de acompañar al resto de los hombres y de hacer juntos el camino.

No quiero terminar estas líneas sin recordar al autor que da nombre a este instituto. Cuando preparábamos el volumen de su poesía, en septiembre de 1996, me dice en un fax: «He leído las pruebas dos veces. Muy pronto pasé de la natural alegría a la duda, después al temor y, en fin, a la desazón y la desesperanza. La experiencia fue como leer la sentencia de mi particular Juicio Final. ¿Algo quedará de todo esto? ¿Aré en el mar? ¿Cómo saberlo? Ese libro no es lo que soy y menos aún lo que hubiera querido ser, sino lo que pude ser. Al pensar en esto volví a recordar a Alonso Quijano, ya curado de quimeras, de vuelta a su pueblo y en trance de poner en orden su alma. Pero él quiso deshacer entuertos y yo solamente hacer versos. En fin, la lectura de las pruebas ha sido no tanto un ejercicio de humildad –¡qué más quisiera!– como de resignación. Ahora me siento más ligero y casi contento.»